

de sangre humana. Nos indignan las disposiciones políticas cuyos únicos fundamentos son la injusticia, el egoísmo, la codicia y la ambición. Así, pues, mientras el rey de quien se trata cumpla con lo pactado y no encienda él mismo una nueva guerra, no tendrá que temer mas que otra potencia cualquiera actos hostiles de nuestra parte.» (1) La uncion cristiana que respiran estas instrucciones no prueba por supuesto absolutamente nada respecto de los propósitos verdaderos de la emperatriz, pero prueba el gran disgusto que causaba á su gobierno la actitud desesperante del gabinete de Versalles respecto del Austria. Era natural este disgusto, porque jamás en todo el curso de su historia tuvo la Francia un gobierno que mayores pruebas diese de su amor á la paz, y en cuyas aras renunció en 1754 á su conquista de la India, y al año siguiente estuvo á punto de hacer iguales concesiones en la América del Norte, solo para evitar una guerra marítima con la Inglaterra. Y sin embargo, al fin la guerra resultó inevitable.

La Francia habia hecho ya un gran sacrificio en favor de la paz con Inglaterra cuando le cedió, en 1748, á Madrás, la conquista del arrojado marino La Bourdonnais; pero hizo en la misma India otro muchísimo mayor, cuya verdadera magnitud ni siquiera sospechaban ni la corte, ni el ministerio, cuando firmó, tambien por amor á la paz, el tratado de 11 de octubre de 1754.

El francés José Francisco Dupleix, que habia nacido en 1696 en Landrecies, fué el primero que con su rara inteligencia y sagacidad descubrió y manejó el resorte que ha entregado á la Inglaterra el vasto imperio indio que posee todavía hoy. Dupleix habia sido enviado á Pondichery, en la India francesa, por su padre, uno de los directores del famoso «sistema» de Law, cuando estaba todavía en su primer período (2). Allí con su actividad extraordinariamente fructífera subió en el transcurso de veinte años á lugarteniente general de todas las posesiones francesas en aquella parte del globo (3). En esta situacion concibió una idea dirigida inmensamente mas allá del horizonte de la sociedad puramente mercantil fundada por Law. Una gran catástrofe política habia hecho patente en 1738 y 1739 la increíble debilidad del gran imperio mogólico. El shah de Persia habia dispersado á la primera embestida el innumerable ejército del gran mogol, y penetrado, pasando todo á sangre y fuego, hasta la capital Delhi. De allí se llevó el tesoro del soberano, que valia unos 1,000 millones de francos, imponiendo además al mogol vencido un tributo anual de 70 millones, y quedándose con los territorios situados á la orilla derecha del Indo. La impotencia del gran mogol, señor nominal de todo el imperio indo-chino; los deseos de independencia de su virey en el Decan, que llevaba el título de *Nizam*; los celos, contiendas y carácter indisciplinado de los mismos nababs que estaban al frente de las provincias, eran un manantial inagotable de continuos disturbios, de descontento y de aquella verdadera anarquía incurable, que solo puede cortar de raíz un conquistador extranjero.

Conquistar para la Francia este imperio gangrenado por la anarquía y apoderarse de sus inmensos tesoros, fué la gran idea de Dupleix. Habia defendido á Pondichery en el otoño de 1748 con 1,400 franceses y 2,000 cipayos, ó sean tropas indígenas de la casta social de los guerreros, pero armados

(1) Véase ARNETH, IV, 357

(2) Véase la obra francesa de SAINT PREST, *Estudios históricos sobre el siglo decimoctavo; la pérdida de la India en el reinado de Luis XV*, y tambien la *Historia de Francia* por MARTIN, tomo XV, páginas 306 y siguientes.

(3) No lugarteniente del gobierno francés, sino de la Compañía de Indias francesa.

é instruidos á la europea, contra una escuadra inglesa de 30 buques de guerra mandada por el almirante Boscawen y un cuerpo de desembarco de 5,000 europeos y muchísimos indígenas. Dos meses y medio duró el sitio; pero Dupleix y los suyos aguantaron heroicamente el fuego de la artillería inglesa y rechazaron todos los asaltos hasta que los temporales del Norte obligaron á la escuadra inglesa á largar velas en 18 de octubre de 1748, y el defensor de Pondichery recibió las felicitaciones del gran mogol, del nizam y de los nababs. El astro de los ingleses pareció apagado en la India; se hizo la paz entre la Inglaterra y la Francia; pero no entre las dos sociedades mercantiles que se disputaban el comercio de la India, las cuales, á pesar del tratado, continuaron manteniendo sus tropas en pié de guerra, siendo la representada por Dupleix la mas poderosa é influyente.

En esto murió Al Mulk, el nizam del Decan, á la edad de cien años. Nazir Chung, su hijo, se hizo proclamar sucesor y fué reconocido como tal por los ingleses (4); pero su sobrino, Murzafá-Chung, nieto del difunto, pretendió la sucesion y fué reconocido por los franceses. Para apoyarle mejor suscitó Dupleix tambien un competidor al nabab reinante del territorio del Carnático, del cual formaban parte Madrás y Pondichery, en la persona de Chunda Sahib. Entre ambos pretendientes, el del Decan y el del Carnático, estableció Dupleix una estrecha alianza, poniendo á su disposicion un cuerpo auxiliar de 4,000 soldados franceses y 2,000 cipayos. Con estas fuerzas y 40,000 soldados suyos se arrojaron los dos sobre el nabab del Carnático, Anaverdikhan, y lo derrotaron y mataron el 3 de agosto de 1749. Entronizado ya uno de los pretendientes protegidos por los franceses, pasaron todavía meses de luchas y de intrigas antes de que pudiera ser proclamado el otro, ó sea Murzafá Chung, que lo fué, finalmente, por el ejército que Nazir Chun habia conducido contra él. Hecho esto, en 15 de diciembre de 1750, nombró el nuevo nizam Decan, Mursafá, en nombre del gran mogol, á Dupleix, nabab de todas las provincias al Sur del rio Crichna, es decir, señor del Carnático y de todo el Decan meridional. Hubiera quedado fundada una nueva Francia en la India, con cerca de 30 millones de habitantes, si la Francia de Europa hubiese sabido apoyar y conservar lo que uno solo de sus hijos habia sabido lograr con su admirable sagacidad y energia.

En tan favorables circunstancias suscitóse al nuevo nabab Dupleix, que sin ser militar habia alcanzado tan grandes resultados con el empleo acertado y distribucion discreta de fuerzas insignificantes, un adversario formidable en la persona de un jovencito inglés, que tenia por la naturaleza todas las cualidades de un militar eminente, de un general de primer orden y además estaba apoyado eficazmente por la poderosa Albion, reina de los mares, que comprendia la magnitud de los intereses que en la India se cruzaban, mucho mejor que la miserable caterva de cortesanos que jugueteaban en Versalles alrededor de un rey dejado de la mano de Dios.

Sosteniase todavía Mohamed Ali, hijo del difunto nabab del Carnático, Anaverdi Khan, en la plaza fuerte de Trichinapali, donde le sitiaba Chunda-Sahib. A principios del año 1751 acudieron los ingleses al socorro de su protegido, pero la pequeña fuerza fué derrotada por los franceses. Si la plaza caia, arrastraba para siempre en su caída el crédito de los ingleses y su poder en la India; y en efecto parecia que habian ya perdido toda esperanza, porque el comandante de las fuerzas inglesas, Lawrence, regresó á Inglaterra dejándolas sin jefe y enteramente desalentados á soldados y oficiales. En tan apurada situacion lo salvó todo el citado joven Ro-

(4) Es decir, por la compañía de Indias inglesa.

berto Clive con una idea feliz y una accion heroica que cambiaron radicalmente el aspecto de las cosas.

Este Roberto Clive (1), que tenia entonces apenas 25 años, habia nacido el 29 de setiembre 1725 en el antiquísimo patrimonio de su familia cerca de Market-Drayton en el condado de Shrop. A la edad de 18 años, visto su carácter ingobernable y refractario á toda buena crianza é instruccion, le enviaron sus padres á Madrás al servicio de la Compañía de Indias, á fin de que se corrigiera ó muriese como individuo inútil y perjudicial á la sociedad. Allí se ganó la vida al principio en el empleo de tenedor de libros, y despues sentó plaza en la fuerza armada. Habiéndose distinguido repetidas veces por su arrojo y desprecio de la muerte, ascendió de abanderado á oficial de administracion militar con grado de capitán. Estando desempeñando este destino expuso al gobernador que la Compañía de las Indias tenia allí la necesidad de tomar providencias enérgicas so pena de que se rindiera la plaza de Trichinapali, la familia de Anaverdi Khan fuese exterminada y los franceses quedaran dueños únicos de toda la India. En esto nada decia Clive de nuevo; otros lo habian dicho tambien porque era palpable; lo que convenia era indicar un remedio contra tantos males, y este remedio fué el que encontró el joven Clive. Hay que dar un gran golpe, dijo, y si no es posible libertar la plaza directamente, acaso podria lograrse por un medio indirecto, como por ejemplo sorprendiendo con un golpe de mano á Arcot, la capital del Carnático, con lo cual se obligaria al nabab á acudir á su socorro levantando el sitio de Trichinapali. Convínose en hacerlo así y Clive se puso en marcha con 200 soldados ingleses y 300 cipayos. Una espantosa tempestad y la noche vinieron al auxilio de Clive, que sin disparar un tiro entró en la ciudad cuya guarnicion huyó á la desbandada. El nabab acudió en efecto y sitió su capital en la cual se defendió el joven héroe con su puñado de gente, la cual con fidelidad admirable le secundó soportando los peligros y el hambre con inquebrantable valor y constancia. Cincuenta dias con sus noches habian pasado así, cuando los 10,000 sitiadores intentaron el asalto haciéndose preceder de elefantes acorazados por delante con placas de hierro para servir de arietes vivos. Tres veces embistieron y otras tantas veces fueron rechazados á cañonazos y con el fuego de fusilería de los sitiados hasta que la noche hizo suspender la lucha. A la mañana siguiente habia desaparecido todo el ejército del nabab.

Esta defensa gloriosa de Arcot fué el primer acto del cambio magno que decidió de la suerte de la India para siglos. Reforzado despues Clive con guerreros maratás, derrotó dos veces al ejército que le habia sitiado, y arrasó la ciudad juntamente con el monumento que Dupleix habia erigido á su dominacion en ella. Pero con todas sus brillantes acciones de guerra no hizo Clive tanto daño al inflexible Dupleix como le hizo su propia patria de una sola vez, enviándole en lugar de auxilio la destitucion y un sucesor. En agosto de 1754 llegó á Pondichery este sucesor llamado Godehen con una escuadra de la Compañía francesa de las Indias y 1,200 soldados. Desembarcado que hubo, comunicó á Dupleix su destitucion, como condicion preliminar exigida por la Inglaterra para hacer la paz con Francia que anhelaban el ministerio y la Compañía de las Indias. En 11 de octubre del mismo año firmó en efecto Godehen con el lugarteniente inglés en Madrás, Saunders, un convenio cuyas bases habian sido previamente fijadas por los dos gabinetes, el de Versalles y el de Londres. Este convenio destruyó de

(1) Consúltense la obra inglesa de J. MALCOL, *Life of lord Robert Clive*, 3 tomos, Londres 1836, y el ensayo histórico de MACAULAY, *Lord Clive*.

una plumada toda la obra de Dupleix, porque en él se obligaron las dos compañías rivales á no mezclarse en adelante en la política interior de la India; á prohibir á sus agentes conservar y admitir ninguna dignidad, empleo ó distincion que los príncipes del país les pudiesen haber concedido ó les concedieren en adelante; á restituir al gran mogol todas las plazas y territorios que tenian ocupados, y á igualar las posesiones de ambas compañías en superficie y renta.

La igualacion de franceses é ingleses en la India era equivalente para los primeros á la renuncia de un gran imperio que el gran mogol habia cedido á Dupleix, y para los segundos á la renuncia de unas pocas aldeas miserables; y lo que se prohibieron mutuamente las dos compañías fué cabalmente lo que hizo en la escala mas vasta la inglesa tan luego como hubieron desaparecido el poder y el contrapeso de la compañía francesa, pues no se detuvo hasta incorporar completamente á las posesiones británicas todo aquel vastísimo imperio.

Con un gobierno que con tanta facilidad se avenia á un sacrificio de esta magnitud, la Inglaterra habria podido entenderse tambien pacíficamente sobre el Canadá si no se hubiese dejado llevar de su humor belicoso como en otra ocasion con España. La Francia poseia en el continente norte americano dos territorios de muy diferente extension y muy distantes uno del otro. Eran en la parte meridional la Luisiana, atravesada por el Mississippi en su curso inferior, y en el extremo Norte casi, al otro lado de los grandes lagos, el Canadá, cuyos límites eran motivo constante de disputas. La larga y angosta faja entre los Montes Allegany y el Atlántico pertenecia á la Inglaterra. Entre esta Nueva Inglaterra y la Nueva Francia, como llamaremos á estos territorios para ser mas breves, no habia ni podia haber nunca buena inteligencia, porque la una necesitaba precisamente lo que la otra tenia, pero no podia conceder sino á viva fuerza. Una de las disputas giraba sobre si la Acadia ó Nueva Escocia que habia sido cedida á la Inglaterra en la paz de Utrecht, se reducía solamente á la península acádica conforme sostenian con sobrada razon los franceses, ó si comprendia todo el territorio canadiense á la derecha é izquierda del rio San Lorenzo, conforme querian, evidentemente sin razon los ingleses. Otro punto de controversia, mucho mas importante que el anterior, y mucho mas difícil de poner en claro porque no existia sobre él tratado ni pacto alguno, era la cuenca del Ohio. Los franceses la necesitaban para unir el Canadá con la Luisiana, y los ingleses se oponian con todas sus fuerzas á que fuera ocupada por sus rivales y se creian perdidos si lo era. Lo que para los franceses era una cuestion de mayor poderío, para los ingleses era cuestion vital, y así lo evidenció el carácter de la guerra que los primeros hicieron á los segundos.

La poblacion francesa en el Canadá se habria triplicado en los últimos treinta años, pero no pasaba de 80,000 almas, mientras los territorios de la Inglaterra en aquella parte contaban con una poblacion blanca de 1,200,000 individuos por lo menos, que exportaban productos por valor de 37 millones de francos é importaban por valor de 24 millones y medio.

Comparado con estas cifras era por demás insignificante el comercio francés con el Canadá que solo llegaba á 1,700,000 francos de exportacion y á 5,200,000 de importacion (2). A pesar de tan enorme desproporcion en el número de almas y en prosperidad, bajo el punto de vista militar era muy superior la minoría francesa á la mayoría inglesa, porque los

(2) H. MARTIN, XV, 467, cuya narracion se ha aprovechado tambien para lo que sigue.

franceses del Canadá no eran ni labradores, ni fabricantes ni comerciantes como los ingleses, sino soldados desde el primero hasta el último, para los cuales el oficio de las armas era el mas noble y el mas productivo. Por otra parte, en las 13 colonias inglesas de la costa habia la libertad política y religiosa, mientras en el Canadá francés mandaban el gobernador, el intendente y los jesuitas lo mismo que en Francia.

Los jesuitas estaban en el Canadá aun mejor, porque comerciaban y hasta hacian el contrabando lo cual no podian hacer en su país. En cambio en las colonias inglesas prosperaban extraordinariamente todas aquellas industrias é instituciones que unidas á una constante é incansable laboriosidad, trasforman los territorios conquistados en propiedad permanente; pero se carecia de toda fuerza armada, bien organizada y siempre disponible. Los canadienses nada tenían de cuanto puede facilitar una colonizacion verdadera y sólida, pero no les faltaba nada de cuanto se necesita para ser un pueblo temible y en circunstancias hasta invencible en la guerra; y allí donde no llegaban sus fuerzas propias, no titubeaban en proveer á los pieles rojas de armas de fuego y excitarlos contra los otros blancos; de modo que no anduvo errado Benjamin Franklin, cuando dijo: «Nuestras trece colonias no disfrutarán tranquilidad mientras los franceses sean dueños del Canadá.»

En el curso del año 1748 el gobernador La Galissonière habia tomado posesion de la cuenca del Ohio en nombre de la Francia, y habia construido para su defensa una larga cadena de fuertes. Su sucesor Duquesne construyó otro fuerte al Sur de los Montes Allegany, en el punto donde convergen los caminos que conducen á la Virginia y á la Pensilvania. En este fuerte Duquesne, llamado así por el nombre de su constructor, fué donde un jóven comandante de las milicias de Virginia, Jorge Washington, hizo sus primeras armas contra los franceses que luego hubieron de ser sus mejores aliados. En la época de que hablamos, en 28 de mayo de 1754, Washington dispersó un pequeño destacamento francés, y luego construyó mas arriba del Fuerte Duquesne á orillas del Monongahela, afluente del Ohio, algunas obras de fortificacion donde le atacaron el 3 de julio los franceses y le obligaron, despues de un combate mortífero, á capitular con condiciones muy humillantes.

Todas estas luchas eran cosa exclusiva de los gobiernos coloniales sin autorizacion ni intervencion de los respectivos gobiernos centrales. La Galissonière regresó á Francia y asedió el ministerio con sus súplicas para que enviase recursos al Canadá; pero el gobierno, en lugar de proceder con energía, entró en negociaciones con Inglaterra. A principios del año 1755 habia llegado á hacer una proposicion de paz que parecia tomar el aspecto del tratado del 11 de octubre del año anterior, pues consistia en la evacuacion por ambas partes de todo el territorio que se extiende entre el rio Ohio y los Montes Allegany. Esta proposicion significaba una retirada para los franceses, que cabalmente se habian sabido sostener contra sus adversarios en la orilla izquierda del Ohio. Pero el gobierno inglés contestó presentando en 7 de marzo del mismo año otras proposiciones tan exigentes, que la Francia, á pesar de todo su amor á la paz, no pudo admitirlas. No por eso sin embargo consideró las exigencias inglesas como motivo de rompimiento de las relaciones pacíficas. El rompimiento lo provocó la Inglaterra con aquella fria brutalidad de que suele echar mano cuando puede encontrar un pretexto para cometer piraterías en grande escala.

En enero de 1755 se dió á la vela con destino á la Virginia el general Braddock con una escuadrilla inglesa, y poco despues el gobierno francés envió otra al rio de San Lorenzo

con 3,000 hombres de refuerzo mandados por el general Dieskau, que acompañaban el nuevo gobernador del Canadá Vaudreuil. En pos de esta escuadra francesa salió otra inglesa mandada por el almirante Boscawen que alcanzando á la francesa cerca de Terranova, la atacó sin aviso ni formalidad alguna, tomándole dos buques despues de una resistencia desesperada en 8 de junio de 1755. Este fué el principio de una gran campaña de piratería. En Inglaterra hallábase á punto de hacerse á la mar otra escuadra poderosísima á las órdenes del almirante Eduardo Hawke, pero antes de darle la orden de partir hubo consultas y sucesos en extremo graves para el ministerio Newcastle, en el seno de la regencia encargada de los negocios en ausencia del rey Jorge II, que á pesar de la gravedad de la situacion política habia pasado otra vez con su brutal serenidad al continente para veranear en su palacio y posesion de Herrenhausen en Hanover. El duque de Newcastle queria que la gran escuadra cruzara como por vía de instruccion por el Canal de la Mancha ya que no era posible declarar la guerra á la Francia en ausencia del rey y no hallándose reunido el parlamento.

Además atacar á la escuadra francesa sin declaracion de guerra era en concepto de Newcastle, cuando no imposible, por lo menos muy indecoroso. No se avinieron á esto sus compañeros de gabinete, pero finalmente convinieron todos en no hacer la declaracion de guerra y dar al almirante la orden de atacar á los buques franceses de gran porte que encontrara en su camino, sin molestar á los pequeños de guerra ni á los mercantes.

A los pocos dias de haberse dado estas instrucciones, recibió el almirante nuevas órdenes que le mandaban destruir *todos los buques franceses*, tanto de guerra como mercantes que encontrara entre los Cabos Ortegale y Clear. La aficion de los ingleses al corso habia ahogado en los ministros todos los escrúpulos y toda la consideracion debida á la justicia, al derecho internacional y al decoro.

Empezó pues, una batida de buques franceses tan infame y en tan grande escala, como jamás se habia visto. Al concluir el año se habian apresado y llevado á los puertos ingleses 300 buques mercantes franceses con 30 millones de francos de valor y 6,000 marineros. Hasta un historiador inglés, Mahon, no puede menos de vituperar un acto de barbarie tan inaudito, diciendo, y esto es mucho tratándose de sus compatriotas, que como no habia precedido declaracion de guerra, la Francia habia tenido «cierto derecho» á quejarse de la falacia púnica de la nacion pirata del otro lado del Canal.

En la guerra leal no eran tan felices las armas inglesas como en las batidas traidoras de buques mercantes inofensivos. En 9 de julio de aquel año (1755) el general Braddock se dejó sorprender en un barranco en su camino al Fuerte Duquesne por 600 pieles rojas que hicieron una terrible carnicería entre su tropa, y quedó él mismo entre los muertos despues de una resistencia heroica.

En 21 de diciembre declaró el ministro de negocios extranjeros del gabinete francés, Rouillé, al gobierno inglés que Francia pedia la devolucion de los buques ilegalmente apresados y que miraria como declaracion de guerra el acto de negarse Inglaterra á esta devolucion. A declaracion tan categórica no supieron contestar con franqueza ni el gabinete ni el parlamento; pero tampoco restituyeron los buques y con esto quedó la guerra declarada indirectamente.

El parlamento inglés para defender á su patria contra una invasion armada francesa resolvió tomar á sueldo á toda prisa fuerzas hessenses y hanoverianas, lo cual suscitó en la oposicion, acaudillada por Pitt, una indignacion inmensa, pero muy injusta á los ojos del crítico imparcial, porque no se hubieran podido encontrar á mano por el mismo Pitt,

con la urgencia que exigia el caso mas que tropas mercenarias. El pánico que se comunicó con la celeridad del rayo á todos los puertos ingleses al saber que la Francia habia grandes preparativos para llevar un ejército á Inglaterra fué aprovechado por el gobierno francés para armar sigilosamente en el puerto de Tolon una escuadra de 12 buques de guerra y 150 de transporte, que se hizo á la vela el 10 de abril de 1756 y dió fondo en la costa de la isla de Menorca siete dias despues. Mandaba esta escuadra La Galissonière, el mejor marino que la Francia tenia entonces, el cual en un combate naval que dió el 20 de mayo al almirante Byng, que desde Gibraltar acudió á toda prisa con su escuadra á socorrer la isla, le obligó á retroceder y abandonar á Menorca á su suerte. Tenia el mando de los 12,000 soldados franceses de desembarco el duque de Richelieu, que en esta campaña se excedió á sí mismo con su proceder viril y resuelto y con la direccion serena de sus operaciones. Despues de un bien dirigido bombardeo de muchas semanas sin lograr la rendicion de la plaza de Mahon, decidióse Richelieu á tomar por asalto el castillo casi inexpugnable de San Felipe construido sobre rocas, y efectivamente le salió su empresa temeraria á medida de su deseo en la noche del 27 al 28 de junio. En la mañana del 28 hallábanse en manos de los franceses tres de los fuertes que defendian la plaza y esta victoria bastó para decidir al gobernador inglés Blakeney á capitular, obteniendo la retirada con todos los honores de guerra. Un mes antes, en 17 de mayo, habia declarado la Inglaterra formalmente la guerra á la Francia y esta la habia declarado á su vez el 16 de junio. En otoño del mismo año obtuvieron las armas francesas en la América del Norte un resultado de grandísima importancia que habria producido consecuencias inmensas si la corte de Versalles hubiese sabido aprovecharlo. Despues del mal éxito de todas las tentativas de los anglo-americanos para conquistar el Canadá, el general francés Montcalm procedió á atacar enérgicamente á sus adversarios. Embarcóse con 3,000 hombres en el lago Ontario y se presentó en frente del fuerte inglés Oswego que dominaba la orilla septentrional, y le asedió durante cuatro dias con tanto vigor que la guarnicion, compuesta de 1,800 individuos, capituló el 14 de agosto, en el momento en que se acercaba á socorrerla una division de 2,000 hombres. Los defensores del fuerte quedaron prisioneros de guerra, y los franceses despues de apoderarse además de 6 bergantines, 200 buques de transporte, mas de 120 piezas de artillería y de grandes depósitos de víveres, arrasaron las fortificaciones.

Con esta victoria y con el tratado que el gobierno francés celebró en aquellos mismos dias con la república de Génova, y por cuyo medio quedó preparada la futura adquisicion de la isla de Córcega, abrió la Francia de un modo brillantísimo esta guerra marítima, guerra que no solamente no habia suscitado, sino que habia tratado de evitar con toda clase de grandes sacrificios. A los 100 navios de línea que presentó la Inglaterra en batalla solo podia oponer la Francia 60, de los cuales á duras penas la mitad se hallaban en estado de servir, y sin embargo pudo conservar incólume el Canadá, conquistar en el Mediterráneo la isla de Menorca, y asegurarse para en adelante la posesion de la de Córcega. ¡Cuánto mas no podria haber alcanzado su poder marítimo todavía rudimentario! ¡cuántos intereses amenazados no podria haber asegurado! ¡cuánto no podria haber recuperado en la India, si el gobierno hubiese economizado los recursos para aplicarlos en su totalidad exclusivamente á la marina, á la guerra marítima, á la defensa y engrandecimiento de las colonias! Para hacer esto, no necesitaba el gobierno tener ningun talento extraordinario; bastaba el criterio vulgar del hombre práctico;

EPOCA DE FEDERICO EL GRANDE

pero cabalmente en estas críticas circunstancias dió «un ejemplo de demencia, y de estúpido abandono de sus propios intereses, como apenas se encontrará otro en las historias de todos los pueblos del mundo.» Estas son las palabras de un historiador francés, H. Martin, cuyos escritos ya hemos citado y utilizado repetidas veces.

III.—INGLATERRA Y LA CONJURACION AUSTRO-RUSA CONTRA FEDERICO EL GRANDE

La guerra marítima con la Francia habia tomado de repente para el poderío de Inglaterra un aspecto tan inesperado como poco lisonjero. Aun mas que á sus adversarios debia imponerse á los ingleses la necesidad de abstenerse de toda lucha continental á fin de conservar con la aplicacion de todos sus recursos, el dominio de los mares; y mas fácil debia haber sido para su gobierno que para los ministros de Versalles encontrar el medio sencillo de evitarse el peso de una doble guerra. La Inglaterra, como potencia insular, podia efectivamente quedar apartada de todas las complicaciones políticas del continente; sin embargo, habia dos intereses cuya violacion no creia deber mirar con indiferencia. Consistia el uno en no consentir la absorcion de los Países Bajos austriacos por la Francia, y el otro en la conservacion del electorado de Hanover para su soberano legítimo, el rey de Inglaterra.

Luis XV en la guerra de sucesion habia conquistado todas las plazas fuertes de la Bélgica, y sin embargo en la paz de Aquisgran habia restituido muy graciosamente el país conquistado á su dueño legítimo, y esto conservando incólume hasta el fin su superioridad militar inquebrantable. No habia, pues, mostrado un afan especial por conservar aquel bello país, y no era probable que se despertara en él semejante deseo cabalmente en momentos en que se veia comprometido en una guerra marítima colosal en todas las partes del mundo, que exigia la aplicacion mas enérgica de todas sus fuerzas. Ahora bien, si á pesar de estas consideraciones Luis XV se encaprichara por obtener la Bélgica podian suceder dos cosas; ó el Austria defenderia su dominio concentrando todas sus fuerzas en esta empresa, ó dejaria hacer sin emplear esfuerzo material alguno para estorbarlo. En el primer caso le bastaba el simple auxilio del dinero inglés y holandés para rechazar los ataques de un enemigo debilitado por una guerra simultánea marítima, y que sobre todo no tenia ya ningun mariscal como Mauricio de Sajonia. En el segundo caso era evidente que el Austria debia juzgar imposible la conservacion de la Bélgica y su defensa por tierra, no quedándole otro medio de recobrarla si la Francia la ocupaba, mas que el indirecto de un tratado de paz como el que habia hecho en 1748.

En la cuestion de Bélgica convenia, pues, á la Inglaterra una actitud meramente expectante y reservada, tanto mas, cuanto que parecian interminables las disensiones entre la corte de Viena y las potencias marítimas, ora por cuestiones de defensa de las plazas de la barrera, ora por los derechos mercantiles de los belgas.

Mas despejada estaba todavía la situacion política de Inglaterra respecto del Hanover si se miraba desapasionadamente. Jorge II habia tomado parte, como rey de Inglaterra, pero no como príncipe elector de Hanover, en la guerra de sucesion, porque desde setiembre de 1741 hasta la paz de Aquisgran se habia realizado perfectamente en la persona indivisible de Jorge II el milagro de la division en dos caracteres distintos, el de rey de Inglaterra beligerante y el de príncipe elector de Hanover enteramente neutral, todo á pesar de haber combatido tropas